

Ihsān ‘ABD AL-QUDDŪS, «La abolición del individuo» y «Toda mi vida»<sup>1</sup>

Traducido del árabe por Juan A. MACÍAS AMORETTI  
*Universidad de Granada*

## INTRODUCCIÓN

Ihsān ‘Abd al-Quddūs (1919-1990) fue un destacado escritor egipcio, considerado como uno de los mayores y más prolíficos novelistas árabes. Tras estudiar derecho, ‘Abd al-Quddūs se dedicó por entero a la literatura, especialmente al relato corto y al ensayo periodístico. Publicó la mayoría de sus obras en la revista *Rosalyoussef*, de la que llegó a ser director en 1945, en un momento convulso y trascendental de la historia de Egipto. Ligado siempre a la prensa, ocupó diversos cargos en otras revistas y periódicos, y escribió en los medios más destacados del país, especialmente en el diario *Al-Ahrām* desde 1975 hasta su muerte, desde el que siempre defendió posturas nacionalistas. En cuanto a sus novelas, en las que él mismo reconocía las influencias de Guy de Maupassant, Oscar Wilde o Bernard Shaw, utilizó una gran variedad de estilos

---

<sup>1</sup> Ihsān ‘ABD AL-QUDDŪS. «Ilgā’ al-fard» y «Kull ‘umrī», relatos recogidos en Ihsān ‘ABD AL-QUDDŪS. *‘Aqlī wa-qalbī*. Faggāla: Maktabat Misr, 1963, pp. 11-21.

y géneros, desde la novela política a la romántica. A pesar de las críticas recibidas por ello, 'Abd al-Quddūs consideraba que el gusto del lector estaba por encima de las opiniones de la crítica especializada. Por ello, sus relatos y novelas constituyen un amplio fresco de la labor literaria en el Egipto del siglo XX que refleja perfectamente la evolución de los gustos, el estilo, la técnica y la temática de la literatura popular egipcia a la sombra de los grandes autores como el premio Nobel Nagīb Mahfūz (1911-2006) y, por ende, constituye un valioso testimonio de la evolución de la propia sociedad árabe y egipcia a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado. Este es sin duda el valor fundamental de su figura y de su literatura. Muchas de sus novelas fueron además adaptadas al cine por la pujante industria cinematográfica egipcia, como la famosa *Fī bayti-nā ra'îul / A Man in our House* (1961) dirigida por Henry Barakāt y protagonizada por Omar Sharif, película que constituye uno de los más conocidos testimonios apologeticos de la Revolución de los Oficiales Libres de 1952 y del subsiguiente régimen naserista, por el que 'Abd al-Quddūs no ocultaba su simpatía. Los textos originales en árabe que se traducen a continuación, titulados «Ilgā' al-fard» (La abolición del individuo), y «Kull 'umrī» (Toda mi vida), son dos de los relatos incluidos en la obra *'Aqlī wa-qalbī (Mi razón y mi corazón)* de 1963, en la que Ihsān 'Abd al-Quddūs reunió cuarenta y ocho relatos breves, profundamente personales y reflexivos. Los relatos escogidos suponen una honda y amarga reflexión de tono filosófico en forma de monólogo interior sobre el propio *ser* árabe en el convulso contexto de principios de los años sesenta del siglo XX, sobre sus esperanzas, sus dudas y sus esquizofrenias identitarias y morales, tanto a nivel individual como social. La actualidad de la reflexión literaria y filosófica del autor a la luz de los recientes acontecimientos de cambio en el mundo árabe dota aún de mayor valor a los relatos.

\* \* \*

### *La abolición del individuo*

¿Quién soy yo? Voy a volverme loco... ¡Quiero saber quién soy yo, quién es esa persona que se llama a sí misma «yo»! Quiero verla, reconocerla, discutir con ella sobre la forma en la que se dibujan mis recuerdos, mi presente y mi futuro, mis vicisitudes, mis pecados y mis buenas obras.

Hablemos con tranquilidad. De nuevo me pregunto: ¿quién soy yo?

Yo soy musulmán, pero eso no me distingue de otros millones de musulmanes, no define quién soy yo.

Yo soy árabe egipcio, pero también hay millones de árabes egipcios. ¿Quién soy yo entre ellos?

Yo soy Abdallah Abd al-Tawwab, pero el nombre es como el número de una casa, que ni roza lo que hay en ella ni define la personalidad de sus habitantes. Los presos y los soldados cambian sus nombres por números y a pesar de ello no cambian su personalidad, ni aumenta o disminuye nada en ellos. El nombre es la dirección, pero yo busco el objeto, busco el «yo».

Yo soy licenciado por la Facultad de Letras, Sección de Filosofía, en el año 1946, pero hay decenas de licenciados por la Facultad de Letras, Sección de Filosofía, aparte de mí, y ninguno de ellos es «yo». Entonces... ¿quién soy yo?

Os lo ruego, hablemos con tranquilidad, estoy presentando un descubrimiento peligroso: el descubrimiento del «yo». Comencemos de nuevo...

Cuando alguien llama a Abdallah Abd al-Tawwab, musulmán árabe, licenciado por la Facultad de Letras, vuelvo la cabeza hacia quien me llama; pero ¿quién es el que se vuelve? Siento que hay una persona viviendo en mi cuerpo que me ordena volverme, que me ordena que gire la cabeza, y yo la giro. ¿Quién es esa persona, la que alza mi dedo en el aire y mueve mis labios para recitar la *shahada*<sup>2</sup> cuando pasa un ataúd? ¿Quién es la persona que me llevó a tomar la decisión de matricularme en la Facultad de Letras, la que me ordena que escriba estas mismas palabras? ¿Quién es?

La siento dentro de mi cuerpo, pero no la conozco ni la veo, como si mi cuerpo fuera una jaula de paño grueso y oscuro, encerrada entre sus paredes, como una criatura distinta... Podría ser un pájaro, o podría ser un depredador. ¿Sienten lo mismo que yo? ¿Sienten que hay una persona viviendo en su cuerpo llamada «yo»? Seguro que también la sienten. Entonces estamos de acuerdo en que «yo» es una persona que vive en mi cuerpo. Queda saber quién es esa persona. Pero... un momento, ¿es una sola persona? Escuchen lo que me sucedió ayer:

Ayer era viernes, día festivo, y estaba sentado perezosamente en casa cuando me entraron ganas de ir al café. Al mismo tiempo me entraron ganas de leer el periódico y también, al mismo tiempo, de ir a comprar una camisa a la

<sup>2</sup> Testimonio de fe islámico, cuyo compendio es la frase «no hay más dios que Dios y Muhammad es el mensajero de Dios», a veces utilizada como jaculatoria. (N. del t.)

calle al-Muski<sup>3</sup>. ¿Es pues una sola persona la que quiere hacer todas esas cosas a la vez o son varias? Está claro que son varias personas: una quiere ir al café, otra quiere leer el periódico y otra quiere comprar una camisa. Sentí que se entablaba una batalla dentro de mi cuerpo entre las tres personas, pues cada una de ellas quería vencer a las otras y ejercer el control sobre... sobre mi cuerpo, para llevarme a hacer lo que quería. Durante el tiempo que duró la batalla permanecí quieto, sin moverme, sin ir al café, sin leer el periódico ni comprar la camisa. Estuve aguardando el final de la batalla para someterme al vencedor. Pero entonces, sorpresa, sentí que había una cuarta persona en la batalla: una persona que quería rezar. La batalla aumentó en intensidad y finalmente venció la persona que quería rezar. Mis piernas se pusieron en movimiento y me levanté para rezar, pero las otras tres personas continuaron en mi cuerpo distrayéndome durante la oración, así que mientras rezaba pensaba en ir al café, leer el periódico y comprar una camisa. Por tanto, «yo» es una expresión aplicada a varias personas, ¿me comprenden? ¿Sienten lo mismo?

Les contaré otra historia:

Hace unos días, estando en la mezquita de al-Husayn<sup>4</sup>, vi de repente a nuestro vecino el señor Muhammad Madbuli, dueño de una tienda de comestibles, entrar y ponerse a rezar. Rezaba con entusiasmo y piedad. Tras sentarse, apoyado en una discreta columna de la mezquita, abrió un Corán entre sus manos y empezó a recitarlo. Me puse a mirarlo, a punto de estallar de ira. Conozco bien al tal Madbuli, es un codicioso ladrón que roba a los clientes de su tienda estafándoles con la balanza; en su casa es un criminal salvaje que pega a su mujer a diario hasta hacerla sangrar, como una sanguijuela. ¿Qué hace entonces en la mezquita ese ladrón salvaje, ese gran hipócrita? Sin embargo... ¿por qué acusar a Madbuli de hipocresía? Puede que Madbuli sea como yo y en su interior haya varias personas: una persona que reza, otra persona que roba a la gente y otra que pega a su mujer. El caso de Madbuli es más claro que el mío porque puedes ver a sus tres personas con tus propios ojos: a la persona religiosa en la mezquita, al ladrón en la tienda de comestibles y al salvaje en la casa.

¿Qué podemos concluir de todo esto? Hasta donde llegan mis esfuerzos, puedo concluir que «yo» no es uno, sino varias personas. «Yo» no es un individuo, sino una sociedad. Todo ser humano vive en una sociedad que lo cir-

<sup>3</sup> Calle comercial de la ciudad vieja de El Cairo (N. del t.).

<sup>4</sup> Una de las mezquitas más sobresalientes de El Cairo, construida en el siglo XII. Según algunas tradiciones es el lugar donde se halla enterrada la cabeza de Husayn, nieto del profeta Muhammad (N. del t.).

cunda y en otra sociedad dentro de él. No existe nada único excepto Dios. El ser humano individual es una pluralidad, una sociedad que vive en un único cuerpo. Es decir, yo puedo decir que «nosotros somos Abdallah Abd al-Tawwab» sin ser exagerado ni presuntuoso.

La sociedad que vive en mi cuerpo, a la que denomino «yo», está sin duda ligada a la gran sociedad en la que habito. Volvamos de nuevo a mi caso, que ya les he explicado, para descubrir el alcance del vínculo entre la «sociedad-yo» y la gran sociedad, el cual incluye a toda la creación de Dios: la persona que vive en mi cuerpo y quiere ir al café expresa la necesidad colectiva de mezclarse con la gente; la persona que quiere leer un periódico expresa la necesidad colectiva de conocer lo que le sucede al resto de la gente y sus opiniones; la persona que quiere comprar una camisa es aquella que se somete a la sociedad, que es la que define la camisa como vestimenta y decide levantar una fábrica dedicada a la elaboración de camisas, un sector denominado «sector comercial» para vender camisas, etcétera; por último, la persona que quiere rezar se somete a la religión de la sociedad, sumándose a millones de personas. Por lo tanto, «yo» soy una sociedad que vive dentro de otra sociedad. No hay nadie único. No hay individuo.

¿Saben qué he descubierto también? He descubierto que no hay problemas individuales. No existe el individuo pobre ni el individuo enfermo, ni el miedo o la libertad individuales. No existen porque no existe el individuo, así que son problemas de la sociedad, porque yo soy la sociedad. ¿No creen que tiene sentido? Siempre digo lo mismo, pero cuando lo digo me toman por loco. Y yo conozco a los que me toman por loco.

\* \* \*

### *Toda mi vida*

¿Cuántos años tengo? Mi certificado de nacimiento dice que tengo treinta y cinco, aunque a veces me siento como si tuviera dieciséis, a veces como si tuviera veinticinco, y otras como si tuviera sesenta.

Siento toda mi vida en cada día, mis edades luchando entre sí, como si dentro de mí hubiera un niño de quince años, un joven de veinticinco, un hombre de treinta y cinco, un hombre maduro de cincuenta y un viejo de sesenta... y todos discuten entre ellos, y las discusiones se convierten en griterío, cada uno insistiendo en dictar una conducta determinada: el niño quiere saltar y

jugar, el joven quiere incordiar a las muchachas por la calle, el hombre quiere sentar la cabeza y comprarse una corbata *Sulka*<sup>5</sup> y prender en ella un alfiler, el viejo quiere descansar y dormir...

Esta mañana salí de mi casa para ir al trabajo. Sentía realmente que tenía treinta y cinco años. De repente, vi un pequeño trozo de ladrillo en el suelo y el niño que hay en mí intentó levantar el pie y lanzar el trozo de ladrillo con la punta del zapato. Entonces, el hombre que hay dentro de mí lo detuvo y le regañó diciendo: «¡Qué vergüenza, niño!». El viejo que también hay dentro de mí se burló de los dos y se rio de ellos. El hombre venció al niño y pasó por encima del ladrillo sin lanzarlo con la punta del zapato. Así es el griterío que soporto en mi interior: la estridencia del niño llorando amargamente porque no le dejé lanzar el ladrillo me ablandó, así que volví donde estaba el trozo de ladrillo y lo lancé con la punta del zapato. El hombre que hay en mí se enfadó y me invadió una especie de profundo arrepentimiento y vergüenza por las acciones del niño.

No fui feliz al pasar por encima del trozo de ladrillo sin lanzarlo, ni tampoco cuando lo lancé. No puedo estar orgulloso del hombre y del niño al mismo tiempo.

Este sentimiento no es nuevo para mí. Durante toda la vida he sentido todas mis edades. Incluso cuando mi certificado de nacimiento decía que tenía quince años, ya entonces sentía que dentro de mí había un joven, un hombre y un anciano. Estoy saltando a la comba con los otros niños y en un minuto estoy parado delante de una mujer intentando afeitarme la incipiente barba juvenil. Luego estoy charlando con mi hermana y le grito impostando la voz para ser duro, como corresponde al hombre que hay en mí, y luego siento celos de mi madre, como si fuera un viejo de la edad de mi padre (la diferencia de edad entre mi padre y mi madre era muy grande). Es como si hubiéramos nacido con todas nuestras edades. El hombre nace y ya lleva en sí mismo todas sus personalidades, que se desarrollan en él hasta que muere: la personalidad del niño, la del hombre, etcétera. Cuando pasan los años, esas personalidades no se pierden, lo que se pierde es la capacidad de practicar las actividades de cada personalidad. Cuando tienes dos años no pierdes tu juventud, sino que no tienes la capacidad de practicar las actividades de un joven; notas que sigues llevando al mismo joven dentro, pero sientes pena porque no puedes –desde un punto de vista visible y fisiológico– ponerla en práctica.

---

<sup>5</sup> Marca de corbatas y complementos de moda de lujo fundada en Nueva York en 1893 y muy en boga hasta los años 70 del siglo XX (N. del t.).

Hace un mes vi a Fawziya por primera vez en la playa. Es una chica de dieciséis años, bonita y lozana, apetecible como un tomate. Mis ojos se quedaron prendados de ella y todas mis edades se juntaron para luchar por ella. El niño me dijo: «Ve y juega con ella a la pelota»; el joven me dijo: «Invítala a bailar y luego bésala». Mis treinta años me dijeron: «Mírale el escote y los pechos, quítale la ropa y fuérzala»; mis treinta y cinco me dijeron: «Cásate con ella, casarse es la manera más fácil de tenerla»; mis sesenta gritaron: «¡Nada de casarse! Cuando llegues a los sesenta ella tendrá treinta y uno, estará en su mejor momento como mujer y no serás ya lo suficientemente hombre para ella, te volverás loco y morirás con los cuernos puestos... ¡No! ¡No te cases con ella, loco! Solo sonríe. No le sonrías a ella, pero sonríe».

Todas mis edades continuaron peleando por ella: el niño agarraba del cuello al joven, este hacía lo mismo con el adulto, que a su vez casi mata al viejo, y el viejo casi mata al adulto... Mientras tanto, yo estaba sentado sin moverme, mis ojos seguían prendados de Fawziya, y no hacía nada, no podía hacer nada. Si hacía caso a mis quince años se enfadaban las otras edades y ese enfado me atormentaba, lo mismo si hacía caso a mis cincuenta o a mis sesenta... No podía hacer nada, excepto escuchar las discusiones entre mis edades.

Quiero a Fawziya, la quiero con toda mi alma, pero no jugué con ella a la pelota, ni la besé, ni la forcé, ni me casé con ella, ni le sonreí... Pasé un mes crucificado ante ella en la cruz de mi vida, prometiendo escribir este relato filosófico. Puede que la filosofía me permita olvidarme por un rato de mi vida... de toda mi vida.